

Edwin Elmore

## El esfuerzo civilizador en el Perú

(Ensayo de Ideología Nacional)



Dedico este trabajo a la sagrada memoria de mi padre.  
 E. E.

### INTRODUCCION

No escribimos bajo la libre inspiración de nuestras ideas el presente ensayo. Si no su concepción general, si parte de sus orientaciones y puntos de vista débense a sugerencias, extrañas a las rutas y orientaciones habituales de nuestro pensamiento, pero de evidente importancia dadas las condiciones de nuestro desarrollo económico y material.

Sin prescindir, pues, del elevado concepto de lo que llamamos "esfuerzo civilizador", por lo cual entendemos nada menos que la derivación práctica de la fe del hombre en los destinos superiores del mundo; intentaremos hacer, a grandes rasgos, un examen de los reflejos que ha llegado a tener entre nosotros la energía humana por excelencia, energía hecha de una fe y una esperanza supremas, en las cuales se inspiran todos los anhelos, tan vivaces hoy, de civilización y de progreso.

Ya que no podemos desarrollar estos y otros análogos conceptos con la amplitud que desearíamos, al tratar de nuestro tema principal—que es el desarrollo y evolución progresiva de nuestras instituciones de carácter práctico inmediato—no dejaremos de derivar nuestra mente hacia el campo, más trascendental y amplio de las idealidades superiores, cuyo olvido origina su languidez, inopia y decadencia, y trae, en último término la disolución y la ruina de las sociedades de que forman parte dichas instituciones.

Consideraciones preliminares sobre el concepto de civilización.

1. *The grand leading principle, towards which every argument unfolded in these pages directly converges, is the absolute and essential importance of human development in its richest diversity.*— *Wilhelm von Humboldt: Sphere and Duties of Government.*

2. "Cuando se aspira a referir la situación y el porvenir de un pueblo al proceso de la cultura universal, resultan pobres las argucias del legista, y más pobres aún los expedientes del político de campaña."

nario". — *Adolfo Posada: Estudio sobre las ideas políticas de Alberdi.*

Entre los problemas de la vida humana coloca Eucken en primer término el de la cultura. Entre el concepto de cultura y el de civilización existen diferencias que es preciso definir. La palabra cultura, en el sentido alemán, es más nueva que la palabra civilización, y mientras aquella se debe al florecimiento relativamente reciente del pensamiento científico y filosófico, esta es una voz que viénesse empleando en francés, según Eucken, desde los tiempos de Turgot. Pero lo que a nosotros nos interesa no son estos detalles, sino el valor y significación relativos de los dos vocablos, que, si bien se refieren a un mismo orden de ideas, corresponden a diferentes aspectos de las mismas. El concepto de cultura pertenece a un orden más comprensivo, amplio y elevado que el concepto de civilización. La cultura supone la civilización, mientras que esta no supone a aquella. La civilización afecta a las formas exteriores de la vida social, mientras que la cultura penetra en el ser humano y modifica los espíritus y los corazones (a). En la evolución de las ideas el concepto de cultura ha predominado sobre el de civilización, que se desprende de él, como dice Eucken, a manera de grado inferior. Para aclarar mejor nuestro pensamiento fijémonos en las esferas que corresponden a una y a otra en el estado actual de la vida. La civilización atañe a los medios, a la cultura le corresponden los fines. Convergiendo en la civilización y la cultura todos los trabajos humanos, la primera prepara lo que la segunda perfecciona y lleva a sus últimos efectos. Si la labor cultural la acción civilizadora sería vana y carecería de sentido humano; y cuando el esfuerzo civilizador prescinde de las vistas ulteriores de la cultura adolece de una limitación y un materialismo que lo hacen infecundo. Esta es la consideración principal que debemos tener presente. Lo único que, desde el punto de vista humano, puede dar valor a la civilización es "el deseo de un desarrollo y un progreso del hombre vivo" y es a la cultura, que, en realidad no viene a ser otra cosa que la aquilatación y ordenación última de todos los valores, a la que le corresponde hacer efectivos y llevar a la culminación espiritual y humana todas las conquistas de la civilización propiamente dicha.

Aplicando, para que se perciba mejor nuestros puntos de vista, podemos decir que la diferencia que existe entre un hombre simplemente civilizado y un hombre culto (dándole siempre a este último vocablo su sentido evolucionado) es que, mientras el primero no tiene claro concepto sobre el contenido, significación y finalidades de la civilización, cuya necesidad acata y siente mejor que comprende; el segundo tiene un sentido orgánico, armonizador, de las adquisiciones de la vida civilizada, estudia su valor y, en vez de constituirse, como aquel en elemento pasivo del adelanto material, toma la actitud del crítico, del orientador, del valorizador y aplicador de esas adquisiciones. El civilizador concibe los fines ulteriores, mediatos; el civilizado ve sólo los fines inmediatos. Para el civilizador—siguiendo el gran aforis-

mo emersoniano: "The ideal is truer than the actual"—lo ideal es más verdadero, esencial e importante que lo actual; para el civilizado lo importante es lo actual. El civilizador es don Quijote o Bolívar, el civilizado es Sancho o cualquier politicastro que sueña con el gobierno de una ínsula, cualquiera que ella sea. El civilizador concibe las leyes y crea las instituciones y da su vida y su sangre por ellas; el civilizado explota las leyes en su provecho particular. El civilizador es esencialmente dinámico y descontento (descontento en el noble sentido); el civilizado es estático, ignora las inquietudes del espíritu. El civilizado es el vulgo; el civilizador es la excepción. El civilizado suele ser—para emplear términos muy expresivos de José Ingenieros—el señor *Ceroalzaquidera*; el civilizador es el forjador de ideales, el héroe, el inventor, el santo, (Véase la nota 21).

### Vista general y plan de este estudio.

Es difícil abarcar en una sola mirada el amplio escenario histórico dentro del cual nacieron y se han ido desarrollando, transformando y a veces desapareciendo nuestras instituciones.

Para llegar a formar un juicio de valor sobre nuestra realidad actual y compulsar la eficacia y virtualidad de los elementos de progreso y las fuerzas ideales que contiene—lo que constituye nuestro principal objeto—, tenemos que principiar por el estudio de las raíces más remotas de la nacionalidad.

Antes que todo, hemos de subordinar nuestro trabajo al factor tiempo, sujetando nuestros puntos de vista y nuestras apreciaciones a las normas impuestas por esa multitud innumerable de elementos históricos que constituyen las épocas. Con este fin, y conforme a lo que llevamos indicado en la introducción el orden lógico de nuestra disertación se someterá al siguiente plan:

#### I EL MEDIO ANTIGUO

1.—*Consideraciones sobre la Conquista.*

2.—*Consideraciones sobre el Virreinato.*

#### II LOS NUEVOS TIEMPOS

1.—*La formación de la República*

2.—*Las instituciones y los hombres.*

#### III.—LA ACTUALIDAD

*Tendencias e ideales*

#### A.—EL MEDIO ANTIGUO

1.—*Consideraciones sobre la Conquista.*

Encontramos en un libro bastante original de Gabriel Alomar (uno de los forjadores del nuevo patriotismo hispánico) una aseveración que puede servirnos de base inicial para exponer nuestra manera de considerar lo que podemos llamar el período antiguo de nuestra historia.

La afirmación de Alomar es esta: "Es cierto que la colonización de América es el punto de partida para su futura civilización; pero en aquella empresa no hubo intentos ni cualidades de civilizador, ni supo después la metrópoli procurar que la libertad civil de sus descendientes viniese por España, en vez de obtenerse contra ella".

Probablemente todos estamos de acuerdo, en lo fundamental, con el párrafo citado pero conviene definir bien su cometido, limitando sus alcances. Por ahora solo nos referiremos a lo que atañe al carácter de la colonización considerada como empresa civilizadora.

García Calderón opina (Le Pérou contemporain, pág. 47) que el movimiento originario de la conquista fué fundamentalmente individualista y espontáneo, y, en efecto, la palabra "aventura", en la que se sintetizan las ideas de espontaneidad, individualismo y libertad, es la que mejor caracteriza la índole espiritual, si no del Descubridor, sí de los que le siguieron en la descomunal empresa. Es tan innoble como inepto—y sobre esto ya se ha pronunciado la crítica histórica moderna—atribuir a los conquistadores, como único estímulo de su temeridad y de su audacia, la baja pasión de la codicia. Este juicio, cuando no es inspirado por la mala fe, que el deseo, tan en boga un tiempo, de rebajar los méritos de España, mantenía vivo; sólo indica una superficialidad de visión que la cultura moderna hace inexcusable. Hoy nadie ignora que en la psicología tradicional del pueblo español hay virtudes, o simplemente cualidades muy ajenas a la codicia, a las cuales puede atribuirse la función excitadora de aquel impulso genial y sobrehumano. Sólo un menguado y misantropico materialismo puede desconocer en la naturaleza de los aventureros españoles de fines del siglo XV muy marcadas excelencias de temperamento y de carácter, para distinguir tan sólo los más bajos apetitos y pasiones de la especie humana. El pueblo que había de sustentar la grandeza de Carlos V y el enorme poder de Felipe II era grande de suyo. Era el pueblo viril y esforzado que miraba al Cid Campeador como a un dechado de hombría, de caballerosidad y de valor... Pero acaso no sea propio, refiriéndonos a esa época, hablar del pueblo español. Hablemos mejor de la raza. Pues bien; la raza que dió la generación de los conquistadores era la raza de Gonzalo de Córdoba, contemporáneo de Pizarro; y si en el primero nadie deja de reconocer uno de los tipos más excelsos que ha producido la humanidad ¿qué razonamientos pueden inducirnos a despojar a Pizarro, y a los que como él realizaron la obra prodigiosa de la conquista, de las virtudes que precisamente pueden ser la clave de sus hazañas? Basta el sentido común para hacer insostenible la teoría de la bajeza o mediocridad espiritual de los conquistadores. Podrían ser hombres famélicos, ignorantes, y palurdos, como se dice que lo fué Pizarro, los primeros hombres que atravesaron el Atlántico, en busca de un porvenir cuya grandeza, presinténdola, no vislumbraron; pero nadie podrá negar la ingénita hermosura de su fe, el vigor de su esperanza, esa valentía prodigiosa que, como dice muy bien Lorente, "Dios concede a ciertos hombres, a quienes elige para cambiar la faz de las naciones".

Mucho tiempo hemos vivido avergonzados y cohibidos los hispano-americanos, soportando el clásico parangón de los conquistadores—"gente baja, malvada, sanguinaria, procaz, brutal y codiciosa"—con los peregrinos del "Mayflower", felizmente hace ya tiempo que este tópico ha quedado relegado al uso de escritores

ramplones e ignorantes. Hoy no hay hispano americano culto que no se enorgullezca de pertenecer a la estirpe de los conquistadores.

Y aun más; si las primeras hazañas de aquellos hombres se realizaron merced a sus impulsos espontáneos (1), tal circunstancia, lejos de hacerlas menos estimables, les confiere mayor significación y trascendencia desde nuestro punto de vista. No tenían designios ni cualidades de civilizador aceptemos, los Ojeda, los Pizarros, los Balboa, los Cortés... pero traían en la sangre por lo menos, los germenés de la civilización, asumida y organizada luego por la monarquía ibérica en forma que hubiera honrado a cualquier otro Estado de la época. Las causas que violaron los orígenes de nuestra nacionalidad son de otro carácter, como se verá después.

Lorente dice más: "La conquista era esencialmente una cruzada; el jefe de la Iglesia no concedió las Indias a los Reyes de España sino para que convirtieran a sus naturales; las expediciones se emprendían y consumaban a nombre de la Religión, los guerreros combatían, vencían y morían como soldados de la Cruz, los misioneros marchaban siempre a su lado, y aunque olvidada por unos quebrantada por otros y mal interpretada por dolorosa frecuencia, se ensalzaba por todos la moral del Evangelio: con ella se propagaba el sentimiento de la fraternidad, el afecto a la patria y la conciencia de la personalidad que es el fondo de las almas libres; el culto desterraba los sacrificios humanos y ordenaba el desorden de las fiestas; el dogma elevaba las inteligencias... "Los españoles—continúa Lorente—trajeron al Perú las creencias vivas que crean las naciones y las conservan, las *cuadras heroicas* del carácter que las elevan, la generosidad que estrecha y dulcifica las relaciones sociales y todas las adquisiciones de la humanidad hasta el siglo XVI. Aunque entre los conquistadores había mucha gente perdida—añade—, con Pizarro vinieron no pocos hidalgos; caballeros de alto nacimiento tomaron parte en las expediciones de Alvarado y de Hernando; y los campeones más distinguidos de América se interesaron en la conquista, bien atraídos por la opulencia del país, bien por la duración de la contienda; con su sangre y con su influencia se inculcaron en el carácter nacional las más bellas dotes de la nobleza castellana, y la familia conoció las dulzuras íntimas que dan a la sociedad actual sus más preciosos encantos". (2).

Luego el mismo autor dice: "La dominación colonial que era hija del imperio y de la conquista, llevaba en su seno al Perú independiente: el Virreinato daba a los peruanos una influencia más extensa y más gloriosa que la dominación de los incas, y bajo las apariencias informes de la inmovilidad ocultaba un progreso variado. Cuando la metrópoli, las clases privilegiadas o individuos poderosos querían detener en su provecho el movimiento de la nación, la Providencia llevaba adelante su obra, sobreponiéndose a las faltas de los hombres; el Perú adquiría la conciencia de su vitalidad, y se preparaba a ocupar su lugar entre los pueblos independientes, favorecido por la marcha de la humanidad y por su propio engrandecimiento". (3 y 4)

No fueron pocos, pues, los beneficios que trajo a estas tierras la conquista; y el historiador no oculta los estragos inevitables que produjo. Renegar de la acción de los conquistadores y colonizadores, en nombre de los fueros de la raza conquistada y del imperio destruido es tomar el partido de la barbarie contra la civilización, porque dígame lo que se diga del adiantamiento cultural, institucional e in-

dustrial del Perú prehispánico, y por más que se quiera desconocer el hecho de que la monarquía española marchaba a la vanguardia de la civilización en la época de la conquista, lo cierto es que aún reduciendo a un mínimo de eficacia, buena orientación y espíritu los valores de la cultura peninsular, ella resultaba siempre infinitamente superior a la cultura incaica... (5). Es irri- tante tener aún que decir esto, pero es- tamos tan acostumbrados a consi- derar a España como país atrasado, que, por un error de perspectiva his- tórica, la vemos, también en el tiem- po de su mayor brillantez y apogeo, por detrás de naciones que enton- ces no sólo eran inferiores sino que la reconocían como soberana.

Terminada la conquista, que es el período a que se refiere los frag- mentos citados de Lorente, y por los mismos hechos y circunstancias que dicho autor hace valer, el Perú estaba preparado para el adventu- rismo del Virreinato. La voz de Fray Bartolomé de las Casas, otró vástago de la gran raza, y el clamor de todas las gentes honradas de los dominios españoles, hizo tomar nueva dirección a la política de la Me- trópoli.

En resumen, puede afirmarse que el espíritu de la conquista fué reli- gioso heroico y romanesco; y que si no predominaron en aquel movi- miento la inspiración y la voluntad civilizadora por modo deliberado y explícito, ellas se impusieron en el Nuevo Mundo, y actuaron de refle- jo en el Antiguo, a pesar de las de- ficiencias de la época.

## 2.—Consideraciones sobre el Virrei- nato.

La gallarda grandeza y humana espontaneidad predominante la época del descubrimiento, de la con- quista y de la pacificación, sufre una depresión, cada vez más mar- cada, a medida que se van echando las bases de la organización política y jurídica de la Monarquía Indiana. A este respecto estamos inclinados a hacer una afirmación que algunos juzgarán extraña y paradójica: la venida de las autoridades científicas, políticas y religiosas, encargadas de organizar el Virreinato por el go- bierno de la Metrópoli, en el cual se tenía, como dice el doctor Wiesse, "cierta concepción muy elevada de la condición de las colonias" (6), lejos de constituir garantía de ade- lanto y de progreso fué el origen de la estagnación del bravo y espontá- neo desarrollo de una posible genui- na y original civilización indo-espa- ñola... Mas aquí se presenta a nues- tra consideración uno de los más ár- duos y complejos problemas que suscitó la colonización. ¿Era posible que se estableciesen colonias libres en los amplios territorios del Tahuanti- suyo? ¿Podía el gobierno de Es- paña dejar abandonados a su suerte a los aventureros que, en épico grupo, siguieron a Pizarro? Es difícil imaginar de qué modo se recibían en las ciudades españolas de aque- l tiempo, llenas de vida y de en- tusiasmo heroico, las noticias que día a día llegaban de América, tierra fabulosa en cuyo seno tarde o tem- prano aparecería El Dorado. ¿Y a- caso no fué el Perú ese Dorado por largo tiempo presentado? Por si algo faltaba para que se produjese la in- tervención del Estado ibérico en esta aventura extraordinaria surgieron —y no eran la crueldad, la feroci- dad sanguinaria y la codicia españo- las, era lo humano—las rivalidades, discordias y fratricidas luchas entre los conquistadores. El ensueño idíli- co, sereno y generoso de una Edad de Oro, que magnamente evocara el genio español más grande producido por la época, se hizo imposible. Po- dían en el Norte, bajo climas favo- rables y después de las infructuosas correrías de Walter Raleigh, insta- larse insipientes núcleos de vida pa-

triarcaal. Virginia en 1607, Masachu- sets en 1620; Pensilvania en 1674; ¿Eran, sin embargo, la semilla de una nueva civilización? Por lo pronto, es necesario distinguir entre ellas. Mientras Virginia, la primera en fundarse, fué de origen oficial y de orientación mercantilista, utilita- ria, desposeída de todo espíritu ci- vilizador y noble, y hasta, si se quie- re, más bien tarada por ciertos im- pulsos de emulación y de envidia de la Inglaterra oficial para con el im- perialismo orgulloso de España; Ma- sachúsets, o mas bien New-Plymou- th (que fué el nombre que dieron los peregrinos del *Mayflower* al si- tio donde desembarcaron) fué una colonización libre y espontánea, na- cida bajo auspicios espirituales de singular virtualidad civilizadora. En cuanto a Pensilvania, cuya funda- ción, muy posterior, constituye la mayor gloria del ya entonces famo- so, polemista cuáquero inglés WI- lliam Penn, puede decirse que es un caso intermedio entre el simple trasplante virginiano, servil y por lo tanto conservador, y el libre y ge- nial impulso creador de los sepa- ratistas puritanos que en 1608 hu- yeran de Inglaterra a Leyden. Más al Norte, quedaba sólo el recuerdo de la *Nouvelle-Escosse*, colonia fun- dada por el francés D. Monts y al- gunos jesuitas en 1604, aquella pética *Acadia* cuya vida patriarcal, laboriosa y serena, evocara Long- fellow en "Evangelina", y que fué arrojada por los ingleses de Virgi- nia a título de haber sido el vene- ciano Giovanni Gabotto al servicio de Inglaterra, y su hijo Sebastián Ca- bot, sus descubridores desde 1497... No; en aquella época, como siempre, la torpeza oficial malograba los me- jores impulsos de la espontaneidad humana. Y ¿cómo extrañarse, si el- gho más tarde, cuando se habla he- cho de la palabra Libertad el sím- bolo más comprensivo y excelso de la idealidad humana, alguien tenía que exclamar: ¡Libertad, Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre?...

Con los pacificadores de gran ener- gía y talento político y con los sa- bios letrados que vinieron a orga- nizar el Virreinato, Regaron al Pe- rú las gentes menguadas que vivían de la explotación servil de los vicios cortesanos. Toda clase de logreros, vividores y parásitos trasladábanse al Nuevo Mundo, trayendo los gé- rmenes de la decadencia y de la co- rrupción. No había ley de indias, por buena que fuese, ni institución alguna que pudiese contrarrestar los enormes y acaso incurables daños causados a la noble y virgen Amé- rica por la instauración *ab origine* en estas tierras de la *canalocracia* secular.

"En el principio de las naciones— decía Montesquieu—los hombres ha- cen las instituciones, y es después que las instituciones forman a los hombres". Lo peor que pudo suce- der para el ideal civilizador en Amé- rica se realizó con la venida ya co- mo ciudadanos de la nacionalidad aun no formada, de aquella ralea de píca- ros y bribones que infestaba Espa- ña. "Apenas había término medio entre el caballero y el pícaro", dice un historiador de la época. Y lo peor era que muy a menudo el pí- caro—simulador refinadísimo—hacía de caballero, y aparecía el caballero como pícaro. Abunda en ejemplos de esto la literatura del siglo de Oro, y la historia de Quevedo, Góngora, Cervantes y Fray Luis de León—pa- ra no citar sino egregios ejemplos— demuestra hasta qué extremos de malicia y de astuta crueldad podía llegar aquella sub-raza de dege- n- rados y mediocres que terminó por precipitar la decadencia.

Por algo se ha convertido en tu- gar común la afirmación aquella de que el oro de América perdió a Es- paña. Al Perú, en particular, pue- de decirse sin género de duda que su oro, o sus riquezas, ha sido lo que más daño le ha causado. Ese

bienestar material que, unido a la o- ciosidad más abyecta, era lo que co- diciaban quienes salían de la Penín- sula hacia el Perú en la época vi- rreinal, es el principio muelle y e- nervante de toda decadencia. El a- mor a la fácil holganza, el miedo al men- esfuerzo, la torpe ilusión de un vivir blando y voluptuoso, era lo que conducía las gentes hacia nues- tro país, cuyo eufónico nombre ten- nía asiáticas resonancias... Así, ha- jo semejante aluvión de humana es- eoria ¿qué edificio social de positi- vo valor podía erigirse entre noso- tros? Todo concurría para hacer im- posible la formación en nuestro sue- lo de una sociedad nueva, sana, vi- ril, enérgica, activa, libre, vigorosa y audaz. A las deficiencias y vicios ya señalados de la población adveni- da uníanse circunstancias y hechos acaso más graves. La población in- dígena se hallaba en plena decaden- cia. Abyecta y embrutecida por cos- tumbres y leyes de un inepto que- tismo aquella grey infeliz carecía por completo de la idea, del senti- miento o, si se quiere, del instinto de Progreso. Sus monumentos eran tumbas. Su fe era primitiva, y estú- pida. A esta raza había de amalgar- marse la raza degenerada de los que vinieron de la Península detrás, de los conquistadores... Y después, todavía, los negros y los chinos... La política metropolitana fué fatal. Errores económicos que hasta estos últimos tiempos han sido considera- dos como los dogmas del régimen colonial—dice un historiador bene- volo—"detenían a un mismo tiempo los progresos de la colonia y de la Metrópoli". Otro señala como facto- res determinantes de esa política "la extensión del patrimonio real" y el "miedo a la competencia". Lo cierto es que la transfusión étnica e insti- tucional produjo un ingerto de infe- cunda hibrida. Instalada, con todos sus accesorios superabundantes, la máquina civil y religiosa de la mo- narquía peninsular, en tierra peru- ana, quedó adherida, o a lo más em- potrada en ella, como un cuerpo muerto. Todo lo que se llama pom- posamente "vida intelectual de la co- lonia" es ditirambo o hipérbolo, exa- geradamente benévola en el doctor Prado (7), involuntariamente indul- gente en Felipe Barreda. (8)

La lucha entre el poder civil y el poder eclesiástico que según el doctor Oliveira (9), caracterizó a la colonia no era en realidad vida. Por buenas que fuesen las intenciones en que se inspirasen institucio- nes como la Universidad de San Marcos, por ejemplo, su organiza- ción no respondía a las necesidades del medio. Benévolo también, Gar- cía Calderón dice que los hombres de la colonia eran capaces de pensa- miento pero no de acción (10) ju- dico en el que coincide con opiniones del doctor Deustua y del mismo se- ñor Oliveira. Observa el primero ("Le Peou" p. 47) el carácter está- tico del Perú colonial y la primacía de la religión, y nosotros apunta- mos la agravante de ser la religiosi- dad de los coloniales eminentemen- te pasiva y servil, tan lejana de la heterodoxia brava y austera de un Lutero, contemporáneo de Pizarro, como del misticismo, ortodoxo pero lleno de vitalidad y de creyente en- tusiasmo organizador, de un Loyola (1491-1556) o una Santa Teresa (1515-1582) (11).

La sociedad colonial nació muerta. No tenía raíces positivas, sus bases eran estáticas y nada orgánicas; más bien, constituyendo fiel trasun- to de la organización de la nación expansiva, adolecían de una funda- mental inadaptación al medio. El móvil de la actividad humana en el escenario colonial—dice Oliveira— "no es la gloria, premio que el mun- do concede a los héroes y a los sa- bios; no es el deseo de extender el territorio de la patria, ensanchar su comercio, generalizar su idioma, de- fender su civilización, acrecentar su influjo; no es tampoco la religión,

La formación de la República.

Bajo ese sistema rutinario, pudiendo el espíritu de la holgazanería perpetuarse a costa de la esclavitud, todo languidecía; la vida de los señores, bajo un estigma de inutilidad—no por poco sentido menos cierto—había cada vez más laxa, muella y lujuriosa. En tales condiciones, hacíase indispensable el advenimiento de un espíritu nuevo y reformador. Este espíritu nuevo, que a fines del siglo XVIII logra infiltrarse en el deprimido ambiente intelectual de la colonia mediante las altas personalidades de Rodríguez de Mendoza, Diego Cisneros, Baquijano, Unánue, Morales, Duárez y otras preclaras figuras de la política y el magisterio es el espíritu de la libertad.

Después del largo período de letargo y de acomodaticia sumisión, en el que predominó la disposición aritmética que puede expresarse con la parafraza de un adagio conocido: "el buen vivir le llaman Sancho" diríase entonces; habiéndose producido en Europa acontecimientos de tal magnitud y resonancia que era imposible evitar que se tornasen interesantes a la mente universal, despertó, como era fatal que sucediese, en estos pueblos, el Alma, o, para emplear la frase de Fichte tan estimada por Carlyle: la Idea Divina del progreso universal y humano *quid vital* y, como divino, eterno, en nuestra naturaleza.

En un estado social que no ofrecía aliciente alguno a la inspiración patriótica, cuando ya el Dios estrictamente dogmático y la idea de la realza abrían campo en el espíritu y los afectos humanos, a nuevos valores, como se dice ahora; no es raro que las chispas de la gran hegemonía humanitaria encendida en Francia hallasen campo propicio a su propagación e incremento. El ideal humano por excelencia, que lucha por realizarse aun desde antes de la venida de Jesús, su máximo y taumaturgico definidor y el mayor de sus mártires (¿será esto heresia?), había necesitado romper con las tradiciones de una Iglesia solidificada con los intereses y privilegios del régimen antiguo, para imponerse en la vida. Si la Iglesia—dijeron los falopos reformadores del siglo XVIII—pretende detener el natural desenvolvimiento del espíritu del hombre invocando la sublime autoridad de Dios, no cabe más dilema que este: o están en lo cierto, y entonces ese Dios es una divinidad odiosa y misantrópica cuyo designio no puede ser otro que el de sumirnos en el más negro pesimismo, terminando por aniquilar a nuestra especie; o los que se llaman sacerdotes de su culto son unos impostores que disfrazan bajo la magestad sagrada los motivos humanos. La era en que el pensamiento, llegando a las mayores alturas, debatíase mortalmente angustiado entre la Razón y la Fe (Pascal y Fenelón, Descartes y Voltaire) se resolvió en el triunfo integral de una orientación más elevada. El espíritu crítico y racionalista resquebrajó los dogmas y terminó por dominar al espíritu dogmático. La Reforma fué un segundo Renacimiento. Pero—y aquí viene lo singularmente interesante para nuestra tesis—era necesario conservar en los nuevos ámbitos espirituales del mundo civilizado el valor positivo, real, irreductible, profundamente humano, que constituía la base vital de la fe tradicional. En este sentido la reacción católica fué beneficiosa; demorando las conquistas que el espíritu reformador había de terminar por imponer, aquilató y domó los fueros que se reivindicaban, corrigió los excesos y extravíos de pensadores heréticos que solían degenerar en ateos y materialistas, hizo posible que una sociedad ya advertida y pre-

parada recibiera en su seno las nuevas ideas, gérmenes de nuevas costumbres e instituciones; y, sobre todo, salvando la idea religiosa, conservó el talismán de la civilización y del progreso. Ya veremos, al llegar a la parte pertinente, cómo el hecho de haber pertenecido nosotros a un organismo político reaccionario y al habernos mantenido, por ende, en relativo atraso, nos coloca en condiciones ventajosas para seguir las orientaciones del espíritu y llevar adelante sus novísimas conquistas.

La Revolución Sud-americana fué el último gran triunfo del espíritu reformador hecho ya civil e identificado con el ideal civilizador. Desde los tiempos de la antigua Grecia (que son a los que alcanza el gran ciclo al cual pertenecemos) llegaba así hasta nuestra América, a través de los vaivenes, contrastes y vicisitudes de la Edad Media, el Renacimiento y la Reforma la voluntad civilizadora. La Conquista, esa magna epopeya, de cuya gloria inmarcesible nadie podrá despojar a la raza ibérica, fué una derivación de las Cruzadas, otra de las mayores glorias de nuestra civilización. Su titánico esfuerzo, su sobrehumana pujanza, hecha más aniquiladora para la nación española por las luchas dinásticas y religiosas de Europa (las "locuras de Europa" como las llamara ese soberano pensador político que fué Saavedra Fajardo); dejaron exánime y maltrecha a la enorme Monarquía Católica. Era inevitable la decadencia, pero no una decadencia por corrupción o decrepitud, sino un temporal decaimiento, un período de descanso, de calma, de adormecimiento reparador. Para la reconstrucción de aquellas huestes semi-conscientes de la trascendencia de sus impetuosas bizarrías, requeriase la acción del tiempo. Había pasado la época propicia a los arranques de la fe mística y de la quimérica aventura. Unánimemente comprendieron los españoles, antes de que Costa lo dijese, que era necesario poner bajo tres llaves el sepulcro del Cid. Las burlas del Quijote, en sus primeras interpretaciones, formaron una de las cerraduras. El antiguo espíritu caballeresco había muerto, pero los impulsos y arresos de una nueva gesta caballeresca, menos aparatosa pero no menos intensa forjábanse en las almas.

Una de las primeras señales de este genial impulso civilizador en que venía a reflorescer la antigua savia fué la epopeya de los Libertadores. El "milagro americano" dice García Calderón que podría llamarse a nuestra Revolución, "por la coordinación de los esfuerzos hasta entonces separados, por la aceptación general de un ideal oscuro, difícil y lejano por 'l'union du dévoument et de l'heroisme'" (18). El magnífico esfuerzo de la generación libertadora que realizó el prodigio pasó como un meteoro. Bolívar su héroe epónimo, el de mayor genialidad y penetración entre sus hombres, vió desvanecerse lleno de melancolía el generoso ensueño. No quedaban en las dilatadas regiones andinas, arrebatadas al poder español mediante una lucha de leones, no quedaban conquistas positivas de civilización espiritual. ¿Sobre qué bases iban a fundarse en la libertada América las instituciones republicanas? Sobre la ignorancia y el servilismo; sobre el despertado instinto de rapacidad y la innoble pasión por vacías grandezas. Bolívar, y con él los fundadores de estados de toda la América Española se quedaron perplejos ante la realidad que se levantaba frente a ellos. ¿Cómo regir los destinos de estos pueblos bajo las nuevas normas si eran letra muerta para sus inmensas

porque estos sentimientos, aspiración sublime de la flor y nata de las almas no podían alojarse en el pecho del conquistador (léase colonizador) perteneciente a la hez de España, ignorante, rudo, corrompido, con todos los vicios que produce la miseria unida al fanatismo". (El fanatismo es más propio del conquistador que no del colonizador, tipos que hay que distinguir y no Oliveira confundió). "Lo que domina al español en esa época—añade—es una ambición de riqueza con caracteres peculiares, exclusivos, que no deja entrada a otros motivos nobles y civilizadores que actúan armónicamente en los pueblos bien constituidos". Esto, aplicado a los encargados de la colonización y no a los descubridores y conquistadores, en cuya teonómia espiritual había rasgos de un interés subyugador, es exacto. Los elementos constitutivos de la civilización indiana estaban desprovistos, pues, de la fibra vital, del entusiasmo y la fe necesarios al gran creador. Lejos de eso, ni siquiera se vislumbraba en el espíritu colonial la esperanza o el deseo de algo nuevo, todo acusa rutina, domesticidad, sumisión, fatalismo. Uno que otro destello de pensamiento vivaz y positivo, original y penetrante como el de que es una muestra la obra del jesuita José Acosta, que figuró en el Perú en el siglo XVI, obra titulada "Historia natural y moral de las indias", no implica la existencia del espíritu de civilización. Con el advenimiento de las gentes que se acogieron al sistema de las encomiendas y las mitas, el Perú quedó huérfano del sentido de la prosperidad. Solo restaba a la espiritualidad colonial, conforme lo observa Barreda un "asocietismo físico, moral e intelectual" muy distante, por cierto, de la penetración filosófica o metafísica y de la grandeza moral del misticismo clásico español (12). Quedó, también, el sectarismo religioso, sin la vitalidad del que por esa época privaba en Inglaterra; y el desprecio de las ciencias físicas y naturales que habrían de provocar en el siglo XIX tan saludable entusiasmo. Después del P. Acosta tuvieron atisbos a este respecto, en el siglo XVII, Matías de Porres, los licenciados Calderón y Robles, José de Agullar.

Entrado ya el siglo XVIII siguió el eclipse de la voluntad civilizadora. Despotismo, mercantilismo servilismo, aristocratismo son los caracteres de la vida en esta apartada provincia de la ya decadente y maltrecha monarquía española. En vano se afana un Cosme Bueno por fomentar el estudio de las matemáticas; sólo tipos raros como el autodidacto y señoero Llano Zapata se ocupan de la realidad viviente y positiva prescindiendo de abstracciones retóricas y verbalistas; un retrasado y pueril culteranismo predomina en la literatura, y el sentimiento religioso mismo se mantiene inerte. La apatía es general. La actitud reaccionaria y crítica del catolicismo español, la anti-Reforma de que se hizo hombre representativo Felipe II y que perdura hasta hoy, habiendo adquirido trascendencias y significaciones interesantísimas, no tuvo tampoco, en el coloniaje exponentes de valor. Un pensamiento de Melgarejo, pseudónimo con el que se ocultaba Callatayud en la redacción del viejo "Mercurio Peruano" (fines del Virreinato y albores de la República), retrotrae nuestra atención al tema enunciado: "Los motivos humanos—dice—no pueden producir nunca una virtud verdadera". Toda la esencia es déptica, pesimista, misantrópica del pensamiento de La Rochefoucauld está sintetizada en esta frase verdaderamente profunda. Pero ¿tenía el antiguo mercurial idea de los alcances de esa máxima? Reclén ahora los ideólogos están forjando la teoría de la actitud reaccionaria de la cultura española frente al movimiento positivo, revolucionario, que impulsara los adelantos científicos

del mundo, después del Renacimiento, desde los tiempos de Bacon, reformando todos los ramos del saber y de las creaciones humanas y llegando hasta Kant con el aporte metafísico de Descartes, Newton, Vico los más altos representantes de la mentalidad de aquellos tiempos; no puede, pues, atribuirse al pensamiento de Melgarejo una significación extensiva y articulada. Si no, sentía realmente un atisbo genial. Nos inclinamos más bien a ver en el citado aforismo un producto del habitual ambiente teológico en que se desenvolvía el pensamiento colonial bajo el predominio dogmático, cuya profunda sabiduría humana, con todas sus consecuencias y ralgambres en el orden moral y práctico hoy se restaura (13). Según ese aforismo, y como ahora lo proclama la novísima filosofía de los valores, el utilitarismo (la palabra es posterior pero el hecho existió siempre) y el hedonismo resultan vanos ante las finalidades supremas, inefables e impresumibles de la vida humana (4). Ya Montesquieu, en cuya escuela seguramente se inspiraban los pensadores peruanos de la generación mercurial, había anotado, a pesar de sus tendencias materialistas, la "incoercibilidad de las conciencia moral y principalmente religiosa" (15). La primacía de los valores morales, la viva y sutil penetración de los imponderables elementos de la divinidad—si se nos permite la frase—con las realidades humanas, tornan ineficaz y vana toda edificación social que no se inspire en altas y trascendentes idealidades. Los motivos racionales, los motivos humanos no bastan.

Pues bien; toda la organización virreinal respondía a motivos humanos y no tenía más finalidad que las finalidades humanas y éstas mezquinamente entendidas. La sociedad colonial carecía de fe viva. Poseía una fé convencional, falsa, ornamental. El mismo espíritu cristiano, tan bien entroncado por Gantivet en la psicología del pueblo español con el tradicional senecismo ibérico (16), había desaparecido desde los primeros años del coloniaje. Nada podía inspirar el espíritu de sacrificio o la voluntad heroica, y la civilización no prospera sino en ambiente de heroicidad y sacrificio, en ambientes impregnados de idealidades superiores. Donde se olvidan los fines supremos, todo se orienta hacia la disolución; la anarquía y el desconcierto esterilizan los mayores esfuerzos, que, en tales circunstancias, no pueden tener sino significaciones inmediatas, mezquinas y egoístas. El que no busca "lo único necesario" jamás tendrá lo que Jesús ofrecía por añadidura.

Así, pues, bajo un régimen intelectual de vacío teologismo; sin la más remota noción o creencia que condujese a realizar esfuerzos de dignificación y de cultura; considerada la vida terrenal según el dogma católico torpemente interpretado, como un tránsito de expiación ¿cuáles podrían ser los estímulos para el trabajo, para el esfuerzo creador? ¿qué ilusiones, qué esperanzas, que pronto no se desvanecieran en tedio y desengaño, podían inspirar las obras de los artistas, el apostolado de los santos o la tenacidad y constancia esculativa del pensador?

Instituciones sin médula vivificante, profesiones huérfanas de vocaciones desinteresadas y generosas, artes sin normas elevadas, oficios que habían perdido con la noble idea de la colaboración que inspirara las grandiosas obras de la Edad Media; todo quedaba reducido bajo el régimen de la aristocracia indiana a un sencfido vegetal humano. Cerradas, por autoridades oligamente serviles al poder autocrático de los monarcas, las puertas y las ventanas del edificio colonial a los posibles mensajeros del pensamiento y de la vida universales, la vida de la colonia era una vida conventual.

mayorías? Lo admirable, lo que es difícil explicar en el fenómeno de nuestra lucha por la independencia es el proselitismo suscitado por las grandes figuras de educación y mentalidad europeas que forjaron y dirigieron el movimiento; aquella aceptación general de un ideal oscuro, difícil, lejano, es el verdadero milagro. Pero, como todos los hechos anormales, pasó para que pronto se restableciera el ritmo ordinario de la vida. Barridas de nuestro escenario las débiles organizaciones del oficialismo español, que a su vez manteníanse a espaldas de la parte más rica y vital del pueblo peninsular, el principio de autoridad que no tenía arraigo alguno en los movimientos espontáneos del corazón o de la inteligencia, tenía que hacer orfisa, tenía que sufrir un largo, lamentable eclipse. Ese elemento sutil, eficazísimo vehículo de las fuerzas civilizadoras, que denominamos *creencias*, y que en los países de atrasada cultura intelectual reemplaza maravillosamente los efectos de la enseñanza, había también desaparecido. Nuestras masas no tenían ya ni Dios ni ley, pues algo se les alcanzaba también a nuestros semi-bárbaros paisanos de los albores de la República del ateísmo materialista que por mucho tiempo informó la ideología de algunos de los libertadores. Sólo restaba, pues, como lo vio muy bien, más tarde, el gran Sarmiento, la barbarie. Sobre la barbarie, en el reinado del más feroz y encarnizado egoísmo, predominando inapelablemente la fuerza bruta, se enseñoreó el caudillaje. De un salto volvimos siete u ocho siglos atrás. Nuestros caudillos fueron los señores feudales de América. Ya pronto, a la sombra de sus tremendas bestialidades, empezó a insinuarse y surgir algo peor, más dañino por ser más durable que la estupidez sanguinaria; empezó a insinuarse, surgir, trepar y acomodarse la grey parasitaria, aquella parte de la población fundamentalmente egoísta hipócrita y ambigua de la población que, incapaz de rebelarse contra la tiranía del oficialismo español, había preferido adularla prostituyéndose, y que inepta para servir leal y bizarramente a la causa de los patriotas, fué demasiado cobarde para combatirla. Esta grey fué la que perpetuó el caudillaje, la que dió ministros, generales, sacerdotes, esbirros y lacayos a los tiranos, haciendo posible la cruenta y criminal farsa o simulacro de civilización de los primeros períodos republicanos. A esta grey canallesca, descendiente de las parásitas y roedores que vinieron con la nueva fauna traída por los conquistadores, debe, en fin, su origen nuestra actual burguesía oligárquica y plutocrática. Un representante literario de esa modalidad es Larri-va, el orfolllo astuto, servil y desleal. No. Nosotros no realizamos el ideal republicano. Mientras en Norte América las instituciones democráticas alcanzaban un desarrollo gradual en condiciones casi perfectas, habiendo dado la reacción retrógrada de su parasitismo conservador origen a la gran guerra civil que depuró su ambiente social; aquí se desarrollaban los sangrientos y vergonzosos episodios del feudalismo caudillesco. (b) Olvidados por completo los ensueños utopistas y humanitarios para que tomase asiento el pesado y torpe egoísmo burgués, nuestras revoluciones no tuvieron ya carácter social, como lo afirma García Calderón. Fueron simples contiendas de bandas presu-pestivoras. Las llamadas clases dirigentes constituyeron nefastas oligarquías que, si no del todo, en parte justifican las acerbadas invectivas de un González Prada.

Los únicos caudillos hispano-americanos que merecen algún respeto—en esto seguimos la opinión aunque no explícita de García Calderón (19)—son García Moreno y Porfirio Díaz. Con esto quedan juzgadas las gentes que se les sometieron. Es verdad que hubo engrigados y prosoritos, pero ¿cuántos de ellos se entregaron a una labor seria y desinteresada de restauración nacional? ¿no son por ventura rarísimas las personalidades que se llaman Sarmiento, Alberdi, Juárez o José Martí? Ya que no en el orden político y público, en el orden privado y doméstico, ¿cuáles han sido nuestros esfuerzos civilizadores? ¿Qué fe social para emplear la fórmula de Castelar (20), inspiraba los actos políticos y administrativos de nuestros gobernantes?

Volvamos los ojos al Perú y recordemos a grandes rasgos su historia republicana.

## 2.—Las instituciones y los hombres

En la introducción de este vacilante estudio dijimos que daríamos preferencia a aquellas formas de la acción civilizadora que se traducen en obras materiales de la organización del comercio y de la industria, en trabajos de irrigación, caminos, ferrocarriles, habilitación de puertos, navegación, etc. Pero era imposible prescindir del preliminar examen que hemos hecho de las condiciones morales e intelectuales de nuestro medio en relación con el mundo civilizado (21). Hecho ya, aunque muy defectuosamente dada nuestra incompetencia y la premura del tiempo que nos ha sido concedido para la preparación de estas páginas, vamos a contemplar nuestra vida republicana cumpliendo con la referida promesa.

Nulas, como se ha podido ver, en nuestras esferas oficiales y administrativas, la influencia de las ideas culturales predominantes en el mundo durante los últimos años del Virreinato y los primeros decenios de la República, sin que pueda hacerse valer en contra de nuestra tesis los aislados casos de ingenios peregrinos que se dedicaran al cultivo de conocimientos científicos e ideas sociales de los que, sistemáticamente prescindía el oficialismo, llegamos a la primera mitad de la centuria independiente, con la riqueza fiscal producida por el guano y el salitre como fuente, no de progreso material siquiera, sino de corrupción y desgobierno.

Hoy, mirando hacia atrás, todos los peruanos experimentamos una sensación muy peculiar de melancolía, que en unos degenera en pernicioso escepticismo y estéril amargura, y en otros, los mejores, engendra el vivo deseo de que se produzca la reacción... Mas del estado de ánimo de la generación que actualmente se ha constituido en el Perú en baluarte de las conquistas del espíritu, contra lo que Ortega y Gasset ha llamado en su campaña cívica en España, la "masonería de la ineptitud", hemos de ocuparnos aparte.

Prescindiendo en absoluto de los primeros años, en que se trataba de la organización de la República y se disputaba acerca de las formas de gobierno, con una carencia de ideas, convicciones e ideales, notable aún para el conocedor superficial de ese oscuro período de nuestra historia, prescindiendo de él, decimos, hasta que estudios monográficos sobre sus acontecimientos y sus hombres nos permitan formar un juicio mejor fundado; dejando de lado las figuras igualmente antipáticas de Gamarra y Salaverry, saludemos, sólo de paso en Santa Cruz al primer gobernante del Perú que, después de la generación brillantísima de los libertadores y algunos de sus satélites políticos dignos de atención (22), tuvo una visión elevada de los destinos de estos pueblos.

Después... el que Castilla diese los primeros pasos de alguna consideración para organizar la administración pública, fomentar a la "instrucción" (como se ha dicho siempre con significativa estrechez de criterio en el Perú), decretase la abolición de la esclavitud, suprimiese el

tributo de los indígenas, hiciese sancionar por el Congreso el primer presupuesto fiscal; contratase el primer ferrocarril establecido en Sud-América (el de Lima-Callao en 1848) introdujera en el país el servicio de telégrafos y otros adelantos semejantes, propios de la época por lo demás, ¿es título suficiente para que se le considere como prócer civilizador? Decidida y absolutamente, nó! Y si a Castilla no puede dársele tal título, menos justo sería concedérselo a Balta. Es cierto que con el gabinete ministerial presidido por don Pedro Gálvez en 1868, es decir, cuando ya figuraban e influían los hombres que dieron algún lustre a la primera legislatura del año 60, entre los que descollaron Gálvez y Herrera, se inició una tendencia saludable en las esferas gubernativas, con un programa de acción en el que se hablaba de "la imperfecta educación política del país"; de la necesidad de dictar una ley tendiente a obtener la construcción de ferrocarriles" que cruzando la República entera, aseguren el porvenir de la nación, ya que es necesario salvar el resto de guano de la creciente voracidad de cuantos anhelan vivir de sus productos"; de "una ley de irrigación, porque visto está que es preciso brindar terrenos fértiles y productivos a cuantos busquen en un trabajo honroso un porvenir honorable"; de poner fin a la contratación de empréstitos onerosos, (conocido recurso para la realización de grandes peculados); de la reducción del ejército en fin (problema éste que en el Perú merece ser estudiado en todos sus aspectos, el político, el económico, el social y el nacional, pues como se sabe dió lugar a la formación del partido Civil, habiéndole dedicado José Gálvez, el héroe del 2 de Mayo, algunas frases muy significativas en su famoso discurso, del 8 de noviembre de 1855, contra la empleomanía y la dictadura militar. Háblase admeas en ese programa de gobierno, que dá idea del estado social y administrativo del Perú en esa época, del "horrible delito del reclutamiento forzoso" proponiéndose reemplazarlo por el sistema de "alistamiento voluntario" el cual — se dice — "dará al Estado el más firme apoyo; el apoyo del hombre libre"; de la codificación civil"; de la revisión "formal y concienzuda" del código penal; del Poder Judicial; de la "instrucción" (siempre la misma palabra de restringidísima significación) pública; de la Beneficencia Pública; y, en fin, esto que es muy característico: de la "holganza", el "empeño" y el "favor", como vicios de la administración. Al final de este programa sus redactores ponen este lema o aforismo: "Ley, pureza y reforma, son las ideas cardinales de la nueva política que hoy se inaugura". Además de don Pedro Gálvez formaban ese gabinete, uno de los mejores con que ha contado nuestra administración, indudablemente, don José Antonio Barrenechea, don Luis Benjamín Cisneros, don Juan Francisco Balta y don Francisco García Calderón (23).

Puede decirse que sólo entonces se inicia en el Perú la era del progreso material. En cuanto al espíritu, al mundo de las ideas... ¿qué podemos decir? Francisco García Calderón escribe en "Le Pérou Contemporain" (p. 202); "El positivismo, maestro de la nueva vida, exigía al Perú nuevos hábitos de pensamiento, otra mentalidad". ¿Adquirió eso oportunamente nuestro país? Precisamente, por los años a que nos hemos referido (1855), publicaba el gran filósofo de la época, Herbert Spencer sus "Principios de Psicología". Por supuesto sus ideas no se conocieron en el Perú sino cuarenta años después, cuando uno de nuestros más astutos simuladores de intelectualismo político hizo un "notable" pastiche pseudo científico con ellas. Si, como dice José de la Riva Agüero (24), "cuanto en el Perú se ha pensado y se ha escrito, es reflejo de lo que en otras parte se pensaba y se escribía", hay que agregar que los ecos del movimiento espiritual e intelectual de

otras partes sólo nos llegaban, con grandísimo atraso, a través de España y, para unos pocos, a través de Francia. Y así como en el Perú perduró el gongorismo hasta fines del siglo XVIII, el movimiento romántico cristalizado por Goethe, haciendo de él uno de los más simpáticos aspectos de su genial y amplia personalidad "moderna", llevado a Francia por Madame Staël, cuando en Europa se producía la gigantesca efervescencia revolucionaria, ingresando así aquella corriente de ideas elevadas a inspirar la vida institucional y política, aquí sólo se dejó sentir el influjo, tan saludable en Europa, de esa fecunda ideología, cuando ya se había desvirtuado. De ese modo la intelectualidad peruana, en el período que abarca la formación del primer "Mercurio Peruano" (con su Diego Cisneros, su Baquijano, su Unánue, su Calatayud, su Ruiz y su Cerdan) a la generación liberal de los Morales Duárez, Sánchez Carrión, Mariátegui, Luna Pizarro, etc., fué simple reflejo (a excepción de Unánue acaso, que tenía genio a falta de voluntad cívica) de la parte menos intensa y hondamente humana de la intelectualidad francesa y española de la época. Nuestra llamada "generación romántica" vino a surgir casi medio siglo después con las pálidas y endeble figuras de Salaverry, Corpancho, Althaus, Márquez y, el único en el que puede encontrarse cierta fibra de ideal civilizador: Luis Benjamín Cisneros, el malogrado autor del gran poema inconcluso titulado "Aurora Amor" en el que se ensaya con verdadera elevación de pensamiento y de inspiración humanos, la expresión lírica de una teoría del progreso, una "profesión de fe" semejante a la que Pelletán escribiera en prosa loando las conquistas del espíritu humano, de la inteligencia y del trabajo. Pero la musa del siglo XIX, "austera, meditabunda, patética, soñadora", como la define el mismo Pelletán (25) no fué bien comprendida. Se olvidó todo lo que en su inspiración significaba riguroso impulso de progreso, aspiración a un viril y honrado bienestar, y heroico sentido de la misión civilizadora del hombre sobre la tierra. Con Espronceda llegó hasta nosotros lo más negativo de la mentalidad byroniana y con Becquer, la dulzura elegiaca peculiar en el sevillano o la escéptica ironía que, según se dice, aprendió de Heine. Existía en nuestro medio marcado divorcio entre el mundo político y el mundo intelectual. La palabra "literatura" tiene hasta ahora entre nosotros cierto sentido de frivolidad ociosa y de estéril divagación. Apenas si a la labor de los historiadores (Mendibunro y Paz Soldán) se le concedía cierta utilidad e importancia; mientras a los que tenían la peregrina ocurrencia de dedicarse a los estudios científicos y filosóficos con orientaciones puramente especulativas, sin derivaciones de una utilidad inmediata, se les consideraba como tipos raros. El entusiasmo por las ciencias naturales y matemáticas, tan en boga entonces por considerarse esos ramos del saber como eficaces propulsores del progreso, tuvo aquí escasos representantes. La escuela de los Llano Zapata y los Dávila, alcanzó menos prosélitos que la del burlesco Juan del Valle y Caviedes y el misantrópico Juan de Arona. Nuestras letras fueron adquiriendo así un aspecto cada vez más vano y superficial; y lo que es más grave, convirtiéndose en vil instrumento político adocenados. A la sobria y austera figura de un Felipe Pardo, que muestra ciertas semejanzas con Larra y los costumbristas de la época, sucede la más criolla, dúctil y acomodaticia, de un Manuel Anatasio Ruentes. Y todavía en este último, a las dotes del ingenio satírico, demoleedor y cáustico uníanse ciertas cualidades del hombre estudioso y constructivo, cierto espíritu de rudimentario publicista, como en Juan de Arona. Pero después, por lo general, predominaron en nuestra literatura, en nuestro periodismo, la malicia, la "cundería" criolla, la venalidad y

la mala fé, sobre los austeros propósitos educativos y reformadores. Cuando para dar arraigo en la opinión pública al prestigio de los hombres llamados a crear las instituciones necesarias para el desarrollo económico, moral y jurídico del país; se necesitaba escritores que hicieran sana labor de publicistas serenos; sólo después de que la guerra con Chile había detenido los primeros pasos dados en este sentido, apareció González Prada, destructor, iconoclasta, frecuentemente apasionado y no pocas veces injusto. Lejos de iniciar la era, ya impostergable de la edificación paciente y tesonera, inaugura lo que podríamos llamar la "escuela del pesimismo peruano". Lleno de básicas y fundamentales virtudes, adolecía de no sabemos qué prurito misantrópico y señero que le inhabilitaba para la acción cívica y social. Debiendo haber sido para nosotros lo que fué Alberdi para la Argentina—y ¿véis cómo ya quedábamos atrás?— proclamó "la era del apostolado solitario". Es decir, todo lo contrario de lo que se necesitaba: nada de organizaciones, nada de asociación, nada de solidaridad y de sistema... (26) Un fiero orgullo cegaba a este rebelde eminente; y sus errores en cuanto al modo de operar hicieron fracasar su creación política, la "Unión Nacional", efímero partido de doctrinarismo radical.

En un país en el cual los raros hombres que se dedicaban a labores de publicista, lejos de fomentar todo lo que contribuye al orden, azuzaban el espíritu levantisco y maldiciente, que no el de la altiva y honesta rebeldía, ¿cómo podían los gobiernos, continuamente amenazados por revueltas y "cuartelazos", laborar eficazmente? El doctor Víctor Mañrúa sostuvo en un discurso universitario que el desarrollo espiritual y moral de los Estados Unidos se debe a sus magníficas condiciones materiales para el trabajo y su feliz desarrollo económico que esa circunstancia hizo posible. Criterio muy superficial por cierto; impropio de un hombre de gran cultura como él.

Bolívar, que según Blanco Fombona, su gran panegrista, fué el precursor de todas las medidas reformadoras y verdaderamente civilizadoras en estos pueblos (27) había previsto las dificultades de nuestro desenvolvimiento material y espiritual, y la lentitud de nuestra educación civil. "Estos países—dijo el Libertador al comodoro americano Hull, quien conservó sus palabras—no pueden progresar en los cien primeros años; es preciso que pasen dos o tres generaciones." El principal motivo de atraso era, para Bolívar, la heterogeneidad étnica, al que seguían en importancia la falta de educación ("enseñanza" parece que era su término) y la dificultad de las comunicaciones. Los remedios que aconsejaba el gran venezolano eran: "fomentar la emigración europea y de la América del Norte para que establezcan aquí las ciencias y las artes", en primer término; "con esto—añadía—un gobierno independiente (liberal), escuelas gratuitas y matrimonios con europeos y anglo-americanos, cambiará el carácter del pueblo y será feliz". Todavía sigue siendo el gran desideratum de nuestra civilización que se establezcan aquí las ciencias y las artes. ¿Por qué no se han establecido? Por falta de estímulos, nó prácticos y utilitarios, que jamás dejen de actuar en parte alguna, sino por la falta de alicientes y móviles morales. En esto estamos en absoluto acuerdo con la tesis espiritualista del doctor Deustua a quien se debe una de las rectificaciones más trascendentales de nuestras orientaciones en materia de enseñanza (28). Pero antes de demostrar la certeza de este criterio, hagamos una ligera reseña de los esfuerzos desplegados por algunos de nuestros gobernantes para establecer aquí las ciencias y las artes como saludables elementos de vida y de progreso.

Después del progresista gobierno de Balta y de los luctuosos acontecimientos a que diera origen su asesinato, formóse el partido Civil y subió al gobierno don Manuel Pardo. Don Alejandro Garland (29) dice que la labor de ese verdadero gran hombre de Estado se concretó a "fiscalizar y reglamentar la administración" y al "desarrollo intelectual del país", fundando la Escuela de Ingenieros, la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas, la Escuela de Cabos y Sargentos, la Escuela de Grumetes, la Escuela de Artes y Oficios, reformando la Escuela Naval y Militar, aligerando el peso de la deuda pública, reformando la legislación minera, etc. A pesar de todo esto, puede decirse que don Manuel Pardo fué un civilizador en toda la extensión de la palabra? Absolutamente, nó. ¿Por qué? Porque no tuvo lo que principalmente caracteriza al civilizador: el entusiasmo genial, la abnegación apostólica. Don Manuel Pardo, no obstante todos sus méritos, no será un ídolo de las multitudes, ni siquiera un prócer universalmente venerado como hombre representativo de la peruanidad. Don Manuel Pardo nunca dejó de ser don Manuel Pardo, el burgués encumbrado, ajeno a los grandes dolores e inquietudes populares. Tampoco fué, como debieron ser los civilizadores todos, "proteas vivas de una edad que se acerca", conforme a la fórmula admirable de Emerson. Don Manuel Pardo no fué un gran romántico, ni un atormentado, ni un descontento; fué sencillamente un ciudadano cabal, algo esforzado, elevado por la infamia de sus asesinos a la categoría de mártir.

Ni Pardo, ni, después, Cáceres, ni el borroso Morales Bermúdez pudieron infundir al país el espíritu del progreso. Tampoco, volviendo atrás, parece que fué Balta ni los hombres públicos que le rodeaban, los que comunicaron al Perú ese sople progresista que dió por resultado la construcción de los dos ferrocarriles más importantes con que contamos hasta la fecha: el Central y el del Sur. Don Manuel Pardo tiene en su abono, a este respecto, su estudio sobre "las ventajas que reportaría la construcción de un ferro-carril de Lima a Jauja" (30); pero es opinión no del todo infundada, que el alma de esas obras de enorme interés nacional fué don Enrique Meiggs un simple contratista o concesionario extranjero. Esas obras de verdadera magnitud y aliento, y una de ellas, la del Ferrocarril Central, realmente grandiosa, no se realizaron en medio de una colaboración cálida y espontánea de la masa ciudadana. Lejos de eso, los empresarios, los ingenieros y los hombres de trabajo a quienes pusieron en movimiento, encontraron constantes tropiezos, opuestos a su actividad y a su esfuerzo por la grey parasitaria de burócratas y políticos. En resumen, puede decirse, llegando hasta el día, que la "política ferrocarrilera" no es una necesidad sentida por los peruanos en general. (c) O particularizando, si todos sentimos la necesidad, son muy pocos los que estarían dispuestos a sacrificar la parte más pequeña de su interés individual en pró de su rápido incremento. De otra manera, no se explican los hechos siguientes: 1o. que durante los veintidós años del siglo que van corridos, sólo se haya construido en el Perú al rededor de 730 kilómetros de vías férreas; 2o. que prácticamente hoy no exista ningún ferrocarril en construcción; y 3o. que estén paralizados los estudios de los ferrocarriles proyectados. Es la inercia, es la apatía, es la pereza que siempre ha caracterizado a nuestras poblaciones; pero esta no es una explicación suficiente. Si esto nos hace ver que las necesidades de un bienestar material no constituyen en modo alguno el móvil verdadero del desarrollo de los pueblos, nos demuestra, al mismo tiempo, que una enorme mayoría de los ciudadanos del Perú es incapaz de comprender la efectiva rela-

ción que existe entre el progreso general del país y su propio bienestar, y, lo que es más grave y significativo, que no se percibe la trascendencia espiritual de las obras públicas. Ni en el limeño ni en el apartado poblador de las sierras y las montañas existe ese sentimiento de inquietud y ansiedad de progreso que caracteriza al hombre civilizado. Se mira con envidia los adelantos alcanzados en otras partes, pero no se aprecia en ellos lo que representan en esfuerzo y dignificación humanos, sino simple y sencillamente lo que son o aquello para lo que sirven. Predomina un sentido materialista de la civilización y este sentido es de suyo infecundo.

Con el gobierno de Piérola, que asumió el poder después de una sangrienta revolución, ¿cambió la naturaleza de nuestras aspiraciones y tendencias? De nada servía, y en esto estamos con González Prada, "promulgar constituciones y leyes sin educar ciudadanos para entenderlas y cumplirlas". Piérola, gobernando con el partido civil, al cual había combatido infatigablemente, instauró un régimen de orden y de fiscalización de la hacienda pública; se ocupó de la organización y modernización de la enseñanza militar; creó nuestro sistema monetario; erigió varios edificios públicos; fomentó la afluencia del capital extranjero al país; abrió la vía a la región amazónica, facilitando la comunicación con Iquitos... ¿qué más?... No debemos engañarnos, tampoco fué don Nicolás de Piérola un civilizador!

Durante la presidencia de Romafia se reorganizó la Escuela de Agricultura, que había tenido como antecedentes el "Instituto y Hacienda Normal" para la enseñanza de la Agricultura (31), cuyo iniciador fué el general Vivanco (1853); se introdujo la radiotelegrafía, instalando la más poderosa estación sudamericana; se confeccionó y promulgó el Código de Aguas. Nadie va a hacer de Romafia un civilizador.

Candamo, de quien tanto se esperaba, apenas pudo iniciar su política hacendaria y ferrocarrilera, seguida después por don José Pardo a quien se debe algunas de las orientaciones más sanas de los últimos años, y, entre otras, la ley que descentraliza la renta del tabaco, con el fin de impulsar los trabajos de viabilidad nacional.

### III.—LA ACTUALIDAD

*Tendencias e ideales.—Las élites dirigentes.—Julio sobre la Sociedad Geográfica, la Sociedad de Ingenieros y la Unión de Labor Nacionalista.*

Desde el 95 hasta nuestros días, la gestión oficial ha constituido, en buena cuenta, un fracaso. Hemos vivido bajo el reinado de la mediocridad y la rutina, de espaldas al movimiento cultural del mundo. Ha seguido dándose leyes de progresista letra, como alguna sobre la organización del trabajo y otras, más enderezadas a paliar el malestar y a calmar la inquietud de las masas populares, que a preparar el campo para el advenimiento de una realidad nacional superior.... El que reconozcamos esto, no quiere decir que nos declaremos pesimistas. Antes bien, toda reacción debe empezar por el reconocimiento del mal. Nuestra acción tiene que ser crítica, analítica, veraz, a la vez que constructora y optimista. Nada sacarán las nuevas generaciones con cerrar los ojos a la triste realidad pasada. Así lo han comprendido los principales miembros de la que antes de ahora hemos llamado "generación regeneradora". Francisco García alderón, su figura culminante, aunque ausente; Víctor Andrés Belaúnde, José Gálvez, José María de La Jara y Ureta, José de la Riva-Agüero, Luis Fernán Cisneros, todos, en fin, los nuevos gestores del ideal nacional, han juzgado necesaria la veracidad y la franqueza. Re-

presentantes de la generación anterior, como el doctor Javier Prado y el director de este periódico, don Clemente Palma, han guiado su actuación pública de acuerdo con este criterio. El primero de ellos ha declarado sencilla y llanamente que "el Perú no ha alcanzado a solucionar ninguno de sus problemas y ha llevado una vida institucional de grandes convencionalismos desprovistos de verdad y de justicia".

Las generaciones que tienen aún media vida por delante y que ven cómo en todos los países cultos de la tierra ya se están cosechando los frutos de la verdadera civilización, al propio tiempo que se exparce las semillas de la presentida civilización futura, que ha de tener en nuestra América, precisamente, su cuna y su principal asiento; los hombres de pensamiento y acción que no han llegado aún a los cuarenta años, se preguntan: ¿Por qué ha llevado el Perú una vida institucional de grandes convencionalismos? Y pronto llegan a la conclusión de que las instituciones que debían haber servido de instrumentos colectivos para la acción civilizadora en el Perú, no han respondido a la realidad de su vida por la sencilla razón de que no eran organismos vivos sino meros armatostes, tramos y tablados de una farsa social cuyos abusos e iniquidades tarde o temprano tendrán que terminar.

Antes de que el elemento sano y de buena fe haya podido extirpar en el país los resabios del caudillaje militar, del caciquismo político, del favoritismo, y todo ese cúmulo de vicios que hacen de las mesocracias una parodia repugnante de la civilización; nuevas auras de reivindicación agitan la conciencia universal, y volvemos a quedar retrasados en la senda de las grandes conquistas humanas. Así, recién iniciado entre nosotros el espíritu industrialista, cuando parecía que el comercio y el trabajo libres iban a tener entre nosotros campo propicio para su progresivo desenvolvimiento, la Revolución Rusa y la latente guerra civil que inquieta al mundo entero, nos cojen desprevenidos. Las tendencias y principios conforme a los cuales se habían echado las bases de nuestros más modernos institutos, y de acuerdo con los que se dictaron nuestras más modernas leyes, resultan hoy en pugna con el novísimo espíritu civilizador. Las tendencias hereditarias, las costumbres del medio, el enorme lastre de los intereses creados y de los valores convencionales, ¿suplantarán y aniquilarán una vez más a la naciente idealidad? Lo tradicional y lo actual ¿pesará más en la conciencia de las nuevas generaciones que el vertiginoso torrente de las nuevas convicciones y las nuevas esperanzas? ¿Habrá en el Perú, como los hay en otras partes del mundo, un grupo de intelectuales suficientemente numerosos y enérgico para imponer a la vida social las normas de la verdad, la inteligencia, la justicia y el bien?

"Desde mediados del siglo XVI, al año vigésimo del siglo XVII, y desde el año vigésimo del siglo XVII hasta fines del siglo XVIII—escribía Castelar, a quien con mucha razón, quiere Azorín que se saque del olvido—la iniciación de América en la austera disciplina republicana, ni un punto se ha detenido, antes ha marchado en progresiva serie". La historia de América, en efecto, es desde sus orígenes, la historia de la Libertad. Libre, espontáneo, romántico fué el acto de los compañeros de Colón; libre, altivo, embellecido por las circunstancias dolorosísimas que la rodearon fué la aventura de los Pilgrin Pathers que fundaron la colonia puritana de Massachusetts; y dolorosa y temedada, pero inspirada en altas y nobles ideas de libertad y de justicia, fué la convulsión social que ensangrentara a Francia a fines del siglo

XVIII. ¿Será nuestra generación la que interrumpa tan gloriosa serie? Lejos de ello, todo anuncia que nuestros pueblos son los llamados a coronar la obra que durante más de veinte siglos ha venido forjando con fe inquebrantable la humanidad. Las instituciones democráticas, no convencionales ni mentidas, sino efectivas, alcanzarán entre nosotros su más perfecta eficacia. "El Nuevo Mundo—decía Castelar—ha venido a la vida para realizar en toda su pureza la democracia moderna". No entendamos nosotros por "democracia" una forma dada de gobierno sino un ideal vivo en constante devenir, un ideal siempre renovado, a pesar de todos los contrastes y desengaños, un ideal de igualdad, fraternidad y libertad. Podrá ironizar un Anatole France, en unas horas de desengaño, acerca de estas palabras, pero ellas son la vida y el verbo de la humanidad actual, como lo fueron, con mayor o menor claridad de sentimiento y de concepto, en los siglos pasados. Cada vez es más intensa, más continua, más uniforme y consciente, la presión de la voluntad de los pueblos en cuanto a los principios fundamentales del buen vivir en sociedad de los hombres; y en la América aún queda ancho campo para maravillosas experiencias en las que quedará comprobada su incontrastable pujanza. (P. S.)

El ideal democrático muestra hoy, después de su odisea a través de todas las naciones de la tierra, muy complejos aspectos, pero su esencia no varía. La esencia de la democracia es la personalidad, el individuo que, antes que ser absorbido o anulado como tal en el más perfecto y amable de los órdenes sociales prefiere precipitarse en la anarquía y el caos. La idea de libertad mantiene vivo el sentido de justicia. La armonización de esos términos, de esas tendencias fundamentales del espíritu del hombre, es el gran problema que tiende a resolver la democracia, cosa muy distinta de las máquinas políticas del farisismo universal que ha usurpado su nombre.

Pues bien, el ideal democrático, victorioso siempre hasta el día, a través de la historia, tiene hoy ante sí las murallas de la burguesía y del capitalismo. El pueblo ruso sostiene hoy la bandera del ideal democrático; y, en espíritu, mediante ese infalible poder de adivinación que tienen los pueblos, y mereced a la cultura universalizada, todos los pueblos del orbe y sus grandes espíritus superiores le acompañan. Rusia representa hoy en el mundo el papel de los Estados Unidos en los tiempos de Lincoln, y el papel de la gloriosa Francia republicana anterior al Imperio. Esto lo dijimos y le escribimos a raíz de los primeros acontecimientos revolucionarios en el país de Ivan Ivanovich, y todos los acontecimientos posteriores nos han confirmado en el acerto (32). Ahora véase si no se podría aplicar a la Rusia actual lo que Tocqueville decía respecto a la democracia americana: "¿Sería prudente imaginar que un impulso social que data de tanto tiempo atrás pueda ser contrarrestado por los esfuerzos de una generación? ¿Es creíble que la democracia que ha aniquilado el sistema feudal y ha vencido a los reyes respetará a la burguesía y al capitalismo? ¿Se detendrá hoy que se ha hecho tan fuerte ella y sus enemigos tan débiles?" (33) No. Hoy no hay fuerza mayor en el mundo que el ideal democrático. De él hicieron un estandarte las oligarquías aliadas de Occidente en la guerra contra Alemania. Y fué el ideal democrático, vivo en el corazón de todos los pueblos beligerantes, el que sirvió para coonestar los actos de los gobiernos; y por último, fué el ideal democrático del pueblo alemán el que precipitó la ruina del imperialismo prusiano....

Si nos preguntaran cuál es su ideal claro y concreto, práctico y tangible, que proponemos para rectificar las tendencias actuales e ir paulatinamente ennobleciendo las costumbres y elevando el nivel moral e intelectual, tanto en las clases altas como en las esferas inferiores, diríamos: la formación de una élite de "intelectuales" que tuviesen a la vez las cualidades propias de los hombres de acción. Uno de los aspectos más interesantes y una de las formas de mayor fecundidad del espíritu democrático moderno, es la organización de las fuerzas intelectuales. El único "sentido de aristocracia" (34) que puede hoy prevalecer frente a las formidables reivindicaciones del proletariado, es el de la aristocracia, no digamos del talento, como se ha solido decir, sino del talento unido (como sucede casi siempre cuando se trata del verdadero talento) a la espiritualidad y a la cultura. La formación de élites es un fenómeno natural en el proceso de la cultura. Se trata de que esas élites no constituyan pequeños clubs de la pedantería o islas de lamentaciones misantrópicas. Si el hombre culto y de espiritualidad superior no tiene una misión civilizadora en el mundo ¿quién podrá tenerla? Ya pasaron los tiempos de las vanas y petulantemente torres de marfil y, a semejanza de los monasterios medioevales, tienen hoy que constituirse agrupaciones que tiendan a conservar y a dar una orientación constructiva y una eficacia positiva a las ideas. No quiere decir esto que han de surgir sectas de filósofos o de ideólogos, pero sí cenáculos activos, batalladores, inspirados en ese sereno romanticismo intelectual de nuestro tiempo, que es el estado de ánimo más noble y preclaro a que haya llegado jamás el hombre. Uno de los tópicos más interesantes del gran Wells, intelectual de omnimoda influencia si los hay—es el que insinúa cuando nos habla de "an open conspiracy of intellectuals, and wilful people against existing institutions and existing limitations and boundaries". El no menos grande intelectual de acción que usa como nombre de combate la significativa palabra "Xenius", y que una vez concibió la hermosa figura ideal de un "Caballero del Esfuerzo", nos habla en el "Nuevo Glosario" de "las vindicaciones políticas de la Inteligencia" y (como una vez lo hizo, aunque mal orientado, dada la confusión del medio, nuestro Bartolomé Herrera) de "la magistratura de la Inteligencia". Las nuevas aristarquías deben reemplazar en el gobierno de los hombres a las oligarquías de los mediocres al servicio de las modernas plutocracias.

Si alguna vez la hubo, ya pasó "la era del apostolado solitario" de que hablaba González Prada. Por su aislamiento, pasaron, sin dejar huella entre nosotros, algunos hombres de gran inteligencia y de positivo valor moral. Para elevarse a la categoría de próceres civiles les faltó espíritu de organización, o acaso generosidad.... Siguiendo nuestro método de trabajo buscamos una autoridad de primer orden que vigorice o destruya si son erradas, nuestras convicciones. Y he aquí que en el monumento literario levantado por el egregio escritor uruguayo Zorrilla de San Martín en homenaje de Artigas, además de una confirmación amplísima de nuestras ideas acerca del alto papel civilizador que le toca jugar al espíritu democrático en América, y no sólo eso, sino aún de la forma de esas ideas, encontramos una opinión, muy valiosa para nuestra tesis, en cuanto a la manera de considerar los derechos y obligaciones de lo que se ha convenido en llamar "hombres dirigentes"... "Pero el hombre o los hombres—dice—que encarnen el principio o fuerza ordenadora de que hablamos (se refiere al principio de autoridad, democráticamente en sentido), deben ser los mejores, como es natural, los más aptos, los más abnegados, es decir, los que, por sus dotes y virtudes, sean más capaces

de olvidarse de sí mismos para pensar en el bien común, en eso que llamamos estado, patria, sociedad civil o política o como queráis llamarle, y que es el medio necesario al hombre para desenvolver sus facultades y llenar su destino". Es eso lo que el Perú necesita para pasar de la peor de las barbaries, de la barbarie encubierta bajo falsas fórmulas y apariencias de civilización, a la civilización honda y sincera: hombres capaces de olvidarse de sí mismos, no ya para pensar en el bien común, que eso acaso sería exigirles demasiado por ahora... sino para simpatizar unos con otros y poder marchar unidos.

Francisco García Corderón, el primer intelectual de gran estilo con que cuenta el Perú, que podría ser el jefe de nuestra Aristarquía, después de dedicar los capítulos III, IV y V de su gran obra sobre el Perú, a "las fuerzas económicas actuales", a "las fuerzas políticas" y a "las fuerzas educativas", respectivamente, habla de la necesaria organización de las fuerzas intelectuales del país en el Ateneo de Lima y en el Instituto Histórico. Debido a la sistemática exclusión que han sido objeto los intelectuales, de parte de los círculos políticos y administrativos—conforme lo ha declarado Victor Andrés Belaunde (36)—cierto pesimismo y cierta actitud huraña ha empezado a caracterizar la conducta de nuestros estudiosos. Vanos han sido los esfuerzos que se han hecho para sacar de su orgulloso retraimiento y de su melancólica y laboriosa soledad a nuestros hombres de ciencia; a nuestros historiadores; a nuestros polígrafos, que tenemos algunos y de no escaso talento; a nuestros hombres de pensamiento y reconocida ilustración. Invariablemente escéptico, desconfiado, pesimista, ha sido su gesto cuando se ha solicitado la colaboración de su autoridad y sus luces en cuestiones de interés nacional. Vivir tranquilos en su cuarto es, como para el gran pensador francés, la fórmula final de su filosofía. Vencer el egoísmo esquivo y zahareño en que se han refugiado algunos de nuestros estudiosos de gran mérito, ha sido imposible. La Sociedad Geográfica, instituto científico de primer orden, no puede gloriarse de haber centralizado y dado impulso como era debido a los trabajos de investigación sobre la realidad física del país, salvo esfuerzos como los de que es prueba la memoria de su último presidente señor don José Balta; la Sociedad de Ingenieros, con más vitalidad, y que durante mucho tiempo fué el centro más liberal y progresista de nuestro espíritu trabajador, tiende hoy, más que a elevar el tono y la importancia de su labor cultural, a convertirse en club social o casino recreativo; y por último, la Unión de Labor Nacionalista institución de estudios sociales y de orientación cívica creada y mantenida en vida durante varios años, debido a enormes esfuerzos, por don Teodoro Elmore, ha quedado en receso pocos meses después de su muerte.

Pero, digamos con el noble optimismo de Quijano el Bueno:

*Mas a pesar de tanto mal, no alcanza mi vista a ver en sombra a la esperanza.*

O el Perú está llamado a perder todo carácter de personalidad colectiva (permítase la frase) o la digna y honrada Aristarquía que ha de regir sus destinos se formará.

Julio de 1921.

NOTAS

- (a).—Véase Euken, "Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo", pág. 297.
- (1).—Lorente, tomo I, pág. 2. Los movía, dice Lorente, "la pasión de las riquezas, que trastorna el universo, el amor a las aventuras que produce los héroes y los locos y el entusiasmo religioso que mimó a los cruzados y a los mártires".

(2).—Lorente, libro, cit. p. 497. "El Perú antiguo etc." V. A. Belaunde.

(3).—Loc. cit. pág. 493 y 499.

(4).—Por si acaso se juzgase parcial el juicio de un español para apreciar el mérito o demérito de la obra de la conquista, copiamos a continuación las palabras verdaderamente profundas que a este tema dedica el famoso polígrafo alemán del siglo XIX Alejandro de Humboldt en su bellísimo tratado titulado "Cosmos, ensayo de una descripción física del mundo". "No fué—dice—solo la sed del oro, como falsamente se ha supuesto por no conocer el espíritu de aquella época, la que guió a portugueses y castellanos en la edad heroica de su historia. Todos se sentían entonces arrastrados hacia las aventuras de las expediciones lejanas. Los nombres de Haití, de Cabagua y de Darien seducían la imaginación a principios del siglo XVI, como sucedió posteriormente con los nombres de Timán y de Otahití después de los viajes de Auzon y de Cook. El deseo de visitar remotos países bastó para arrastrar a la juventud de la península ibérica, de Flandes, de Milán y de la Alemania del Sur hacia la cadena de los Andes y las abrasadoras llanuras de Uraba y de Coro, bajo el victorioso pendón de Carlos V". Azorín, que ha adivinado tan sutilmente las formas y palpaciones del espíritu hispánico a través de la literatura castellana, señala aquello en "El alma castellana", en "La ruta de Don Quijote" y especialmente en sus apuntes sobre el "Persiles y Sigismunda" del ingenioso Cervantes, a nota esa modalidad del espíritu español de los siglos XVI y XVII tan bien percibida por Humboldt.

(5).—Sin necesidad de buscar otra autoridad sobre la materia, puesto que se trata de cosa conocida, copiamos aquí lo que dice el señor Luis F. Ulloa al respecto en su trabajo sobre la conquista española en el Perú: "Los incas habían acostumbrado a los indios a la sumisión y al servilismo, a una verdadera abyección que mató en ellos toda idea y todo anhelo de libertad, todo sentimiento de honor y de orgullo. No conocían los indígenas el amor a la patria, sino el respeto y temor al soberano y a los curacas y orejones. Tampoco sentían solidaridad de raza sino apego al ayllu. Se refiere también el señor Ulloa a la forma cruel y despiadada con que trataban los incas a las tribus que se resistían a su dominación y señala, con mucha razón el sistema de mitimaes como injusto y pernicioso, y como explicación de la rapidez de la conquista española, hace esta acertada consideración: "En estos hechos presenta la historia—dice—una amarga pero saludable lección para los pueblos: la de que todo poderío fundado sobre el servilismo y la abyección, sobre la opresión y el despotismo, por formidable y soberbio que parezca, es siempre endeble y está expuesto, si el déspota sucumbe ante un extranjero, a desmoronarse en un soplo". La Gran Guerra ha demostrado que esto también vale para las instituciones políticas. (V. Rev. Univer. Abril 1914).

(6).—Historia Crítica del Perú.

(7).—"El Genio de la Lengua y la Literatura Castellana y sus caracteres en la Historia intelectual del Perú", Lima, 1918.

(8).—"La vida intelectual de la colonia", Lima, 1909.

(9).—Pedro M. Oliveira, "Política económica de la metrópoli". Revista Universitaria, Lima.

(10).—"Le Pérou Contemporain", pág. 35.—En cuanto a la influencia universitaria, conviene citar aquí las palabras de Albendí: "¿Qué han sido nuestros institutos y universidades de Sudamérica—pregunta—sino fábricas de charlatanismo de ociosidad, de demagogia y de presunción titulada?".

(11).—Civilizadores máximos en el concepto lamartiniiano.

(12).—Miguel de Unamuno, "La mística española".

(13).—V. Unamuno, "El sentimiento trágico de la vida en los individuos y en los pueblos", Madrid, y G. K. Chesterton, "Ordoxía", ed. esp.

(14).—Eulken, "La vida, su valor y significación".

(15).—Citado por C. Barreda Rev. Universitaria, Lima, set. 1914.

(16).—"Idearium español".

(17).—V. Luis Antonio Eguiluz, "La holgazanería en el Perú".

(18).—Le Perou Contemporain, pág. 47.

(b).—En el Perú no se ha llegado nunca a los extremos de crueldad y depredación de que han dado ejemplo México y la Argentina; pero también es cierto que no se han producido hombres de bien de la talla de algunos argentinos y mejicanos. Entre la chusma de militares—nuevos aventureros de la intriga y la deslealtad—que produjo la República; que raras son las figuras que merecen exaltarse como ejemplares! cómo la miseria del medio ha hecho que pasen inadvertidas algunas que se produjeron sin originar movimientos proselitistas, como la del abnegado, viril y leal General Domingo Nieto, cuyas acciones y actitudes relata el Dean Valdivia. (Véase "Memorias sobre las revoluciones de Arequipa", Lima, 1874.

(19) "Les democracies latines de l'Amérique".

(20) "Historia del movimiento republicano en Europa", t. I. p. 9.

(21) El entusiasmo que en esos tiempos despertaba el estudio de las ciencias naturales y matemáticas apenas se dejó sentir en hombres como el naturalista Plérola y el matemático Garaycochea a pesar de que por entonces la América había despertado el interés de los hombres de ciencia que, después de los viajes de Juan y Ulloa, Ruiz, Pavón y Malaspina, atrajo a personalidades de tanto relieve como Humboldt. Era en aquella época más o menos cuando Alejandro de Humboldt escribía las siguientes palabras que estaban tan lejos de comprender en todo su alcance quienes en estos países tenían sobre sí

la responsabilidad de su estancamiento material y cultural: "Apreciar igualmente—dice el sabio viajero— todos los ramos de las ciencias matemáticas, físicas y naturales, es una necesidad en épocas como la presente, en que la riqueza material de los Estados y su creciente prosperidad se fundan principalmente en un empleo más ingenioso y racional de las producciones y fuerza de la Naturaleza. Una rápida ojeada sobre el estado actual de Europa basta para comprender, en medio de esta lucha desigual de pueblos rivales, en la carrera de la industria, que el aislamiento y la indolente pereza traen indudablemente consigo la disminución o el completo aniquilamiento de la riqueza nacional; porque sucede con la vida de los pueblos lo que con la Naturaleza, que, según la feliz expresión de Goethe, "no conoce detención ni reposo en su impulso eternamente recibido y transmitido, en el desarrollo orgánico de los seres, y ha puesto el sello de su maldición a todo lo que retarda o suspende el movimiento." Luego añade: "Los pueblos que no toman una parte activa en el movimiento industrial, en la elección y preparación de las primeras materias, en las felices aplicaciones de la mecánica y de la química; aquellos en quienes esta actividad no penetra en todas las clases sociales, ven decaer infaliblemente su adquirida prosperidad, y se empobrecen con tanta mayor rapidez cuanto más se vigoricen los Estados limítrofes por la benéfica influencia de las ciencias sobre las artes". Eso dice Humboldt en cuanto a la civilización propiamente dicha; en lo que corresponde más bien a lo que ahora se llama cultura (véase las Consideraciones preliminares) piensa que "del mismo modo que en las elevadas esferas del pensamiento y del sentimiento, en la filosofía la poesía y las bellas artes el fin principal de todo estudio es un fin interno, conviene a saber, el de agrandar y fecundar la inteligencia; así también el término a que directamente deben encaminarse las ciencias es el descubrimiento de las leyes, el principio de unidad que se revela en la vida universal de la Naturaleza" Y en otra parte: "Donde quiera que los gérmenes de una civilización —y esto

puede aplicarse a la Argentina: véase el folleto del señor Antonio Sagarra sobre el paralelismo y sincronismo del desarrollo espiritual y material de la Argentina—pueden desarrollarse por completo bajo la égida de instituciones liberales y de una legislación prudente, no hay que temer que una rivalidad pacífica perjudique a ninguna de las creaciones del espíritu".—"Cosmos", páginas 49 a 51.

(22) Vidaurre, con su "Plan del Perú", Luna Pizarro, Sánchez Carrión, Olmedo, Unánu, Mariátegui, Vigil merecen ser estudiados con detenimiento y ojalá emprendan sería y amorosamente esta labor los jóvenes que se llama "generación del cenenario".

(23) "Boletín Oficial" 1868. ¿Y qué tiene de extraño que fuese tan rudimentario y vacilante el espíritu emprendedor, progresista, civilizador, en fin, en el Perú de esa época, si hoy mismo vemos que en España el reinado de los mediocres y la invasión parasitaria dan al traste con todos los planes de desarrollo material? A manera de frustración, copiamos un párrafo, probablemente debido a la vigorosa pluma de Dionisio Pérez, de un artículo dedicado a comentar la subida al ministerio—por excepción—de un hombre de verdadera valía: "Puertos o carreteras, ferrocarriles secundarios o directos, canales de riego o electrificación de saltos de agua, repoblación de montes o roturación de baldíos, colonización interior o expansión comercial, nacionalización de minas o navegación fluvial, cuanto puede soñar el más exaltado patriota está allí sobre la mesa del ministerio (se refiere a los "proyectos" eternos de los sempiternos arbitristas de que ya hablaba Fernández Navarrete en el siglo XVII) para que escoja... No hay más que un inconveniente, y es que convertidos en realidad toda esa balumba de hermosos proyectos que han acumulado en Fomento los ingenieros españoles, representan muchos millones, muchos miles de millones que España no tiene (y esto lo subrayamos nosotros) porque los que tiene los malgasta..." (V. "Nuevo Mundo", Abril 10. de 1921.)

(24) "Carácter de la Literatura del Perú Independiente", p. 13.

(25) V. "Profesión de fe del siglo XIX", p. 320.

(26) V. "Horas de Lucha".

(27) V. "Apreciación de Sarmiento a propósito de "Facundo".

(28) V. su magnífico informe sobre la enseñanza superior en Italia.

(29) "El Perú en 1906."

(30) V. "Anuario Nacional", 1860.

(c) Merecen mencionarse como excepción los nombres de algunos ingenieros de talento que han hecho generosa campaña como publicistas a este respecto, entre otros: Ricardo Tizón y Bueno, trabajador incansable y Héctor Escardó, entusiasta propagador del desarrollo ferroviario. No olvidemos tampoco al ingeniero señor Carlos Oyague y Calderón, introductor de la Ley de "Conscripción Vial" a quien alentó y ayudó eficazmente para la gestión práctica de la misma don Teodoro Elmore, como fundador y Presidente de la Unión de Labor Nacionalista, sociedad esta que ha hecho una campaña intensísima, en toda la República sobre Educación y Caminos.

(31) V. Luis Sada, Lima 1870.

(P. S.) Acaba de decirle Sir Thomas Barclay, uno de los más prominentes espíritus liberales de Inglaterra, a Francisco García Calderón que "la América española parece destinada a sorprender a Europa con su repentino y triunfal crecimiento".

(32) V. Gabriel Alomar, "La formación de sí mismo", p. 126.

(33) V. J. S. Stuart Mill, "Disser-tations and discussions", vol. II, p. 12.—Ensayo sobre la obra de Tocqueville "La democracia en América", 1840.

(34) V. Alomar, ob. cit., cap. III.

(35) "La Epopeya de Artigas", Conferencia XVII.

(36) Véase "La Primera Centuria" por Pedro Dávalos y Lisson. De mucha mayor trascendencia y utilidad para la labor del publicista estudioso con los trabajos que, en cuanto a la preparación de las fuentes históricas, están realizando los eruditos historiógrafos señores Horacio H. Utreaga y Carlos Romero.

# PEDRO D'ONOFRIO

## Heladería - Confitería - Fábrica de Hielo

Elabora los más exquisitos helados y dulces  
Confeciona BARS á domicilio para fiestas particulares  
Se atiende pedidos á simple llamada telefónica

### GRAN SALON CINEMA gratis para el público

Avenida Grau No. 175

LIMA.

Teléfono No. 1052

# NATIONAL PAPER & TYPE COMPANY

Calle de Santo Toribio N<sup>OS</sup> 240 al 266

SALUDA ATENTAMENTE A SU CLIENTELA Y  
AMIGOS EN EL CENTENARIO DE LA EMANCI-  
PACION DEL PERU



PROVEEDORA DE TODO  
LO NECESARIO PARA  
LAS ARTES GRAFICAS

## CASA MATRIZ

32-38 BURLING SLIP  
NEW YORK

### Sucursales:

Ciudad de México, México  
Guadalajara, México  
Monterrey, México  
Mazatlán, México  
Guaymas, México  
Tampico, México.  
Buenos Aires, Argentina  
Rosario, Argentina  
Mendoza, Argentina  
Montevideo, Uruguay  
Sao Paulo, Brasil  
Santiago, Chile  
Habana, Cuba  
Lima, Perú

### Agencias:

Guatemala, Guatemala  
San José, Costa Rica  
San Juan, Puerto Rico  
Caracas, Venezuela  
Bogotá, Colombia  
Pernambuco, Brasil  
Bahia, Brasil  
La Paz, Bolivia



LA CASA MAS  
GRANDE DEL MUNDO  
EN SU RAMO DE NEGOCIO.

**T. N. RIVERA**

Gerente en Lima.